



Jorge Evaristo Vargas:

Remezón

Búsqueda

Silencio tras el enrejado;
grito, búsqueda sin encuentro.
Delirio oculto retenido
desmenuzándose en la gota
del Inclinado mandarino
arraigado en el horizonte.
¿Quién la deseada luz me niega?
¿Qué el crepúsculo oscurece
cuando el arcoiris ilumina?

Oigo tus gritos de agonía
arrastrándose entre las algas
-color ceniza y cinabrio-
reptiendo tus pensamientos
en la brisa del atardecer.

Abandonado al borde de la quebrada ardiente
desnudas las entrañas, despedazada el alma,
vencida la enclavada roca en lo alto del monte
-capricho creciente-, no sé por qué negligencia
mis noches son delirio, muerte; mis días zeta.
En las rosadas de la loma -estuosa burbuja-,
me arrojé a los brazos del "vagante" gris eterno
a la búsqueda de la rosa en la verde hoyada
pero allí mismo -Intimidad, beso de acuarela-
murmura el aura al amanecer: soy para ti.
Cabalga el pensamiento, es clima.
Galopean mil luciérnagas
madrugando al día que alumbró
mi camino, mis soledades.
y el alma solloza ¿dónde estás?
-¿Más allá de las sombras quizá?-
Mentira las aspas del campo,
mentira tu voz en la tarde.
La cuenca del río me miente,
está vacía, consumida.
Es burla tu queja, yo muero
en el presente grito que va
rompiendo vivos naranjales
desde el llano hasta la hondura.
Dónde tu queja fue temprano
-sinuosa luz de cordillera-

El espejismo de la cumbre
no existe más en los yucales,
mas, de mis pinares en lo alto
tempranera, murmurante si
el ave sibilina canta,
mientras mesándose mi pena
rompe la piedra cuando el arpa
modula sus voces y gime
no me olvides, siempre soy: estoy.

Jorge Catalano. Poeta
Tomado de la Revista "Signo"
Nº 16 - 1985

Los pueblos nacen, se desarrollan y mueren. Una afirmación considerada trivial e intrascendente hasta que, hace apenas un instante, se ha convertido en una dura realidad. Ahora ya no podemos menos que aceptarla como la verdad irrefutable que es, porque estupefactos todavía, contemplamos los escombros de las casas y de las estrechas calles del pueblo que era, hace mucho tiempo.

Estamos paralizados, como si la devastación que encontramos esta tarde seca, cuando el sol acaba de ocultarse, nos hubiera hipnotizado; pero es preciso sobreponernos de esta emoción indefinida porque tenemos que comenzar a recorrer y observar lo que queda y hasta lo que ya no existe de aquel pueblo de fines de semana. Al frente, la grava plomiza ha formado el desmonte gigantesco y sobrecogedor, que a simple vista parece haber sido vomitado desde las entrañas de la montaña. Sin embargo, es el trabajo acumulado en turnos de tres jornadas continuas, con sabor a coca, sudor y humo de cigarro negro. Más abajo quedaron las casas sin techos, pero con las puertas y las ventanas tapiadas, quizá con la atávica ilusión de guardar algo para después o para algún destinatario no identificado.

No entendemos las sucesivas inquietudes suscitadas por el encuentro repentino con esto que ha sobrevivido de las casas pequeñas, mucho más pequeñas de las que guardábamos en la memoria, tal vez porque la intensa soledad que dejó secas a las calles no alcanzó a reducir la dimensión de las casas del recuerdo. Algunos restos de construcciones y hasta las esquinas de calles ásperas parecen haber cambiado de lugar, y antes de acudir a la memoria que no es muy confiable preferimos aceptar su ubicación actual como la que siempre fue. El panorama ensombrecido provoca perplejidad y un verdadero revoltijo de recuerdos, de escenas olvidadas y de otras que desaparecen tan pronto como aparecen. Esta abundancia de rememoraciones inicia un sentimiento de ausencia extraña; nunca antes habíamos tenido noción de una ausencia tan completa. Quizá la soledad no sería percibida en su exacta intensidad de no estar acentuada por los promontorios de adobes incompletos, que continúan estáticos, resistiendo la destrucción inevitable. Permanecer frente a lo poco que ha quedado y verlo continúan estáticos, resistiendo la destrucción inevitable. Permanecer frente a lo poco que ha quedado y verlo desde otro tiempo nos arrastra instantáneamente hacia una realidad ya lejana. Pronto, caemos en cuenta de que estamos monologando, tal vez como una forma de enfrentar nuestras percepciones, o expresamente para convencernos de que todo esto no es sólo un sueño más, que está sucediendo en este lugar, con nuestra presencia y la de los demás, aunque en épocas diferentes.

El rumor uniforme del ambiente desolado que rodea las ruinas provoca una mezcla de alegría y nostalgia intensas, y una ansiedad desesperada por contemplar algo más allá de los escombros, como de completar algunos pasajes medio olvidados. Es un



Mario Vargas Cuéllar

pueblo sin testigos, abandonado por los indicios de que se fueron apresurados a sus muertos. Pues re nuestro azorado recorrido pueblo y sus alrededores: un solo cementerio para pueblo centenario. ¿O sea pueblo que de por sí parece la que produce tal desorden más que un cementerio que pasó con sus habitantes con sus muertos? quizá los seres aún con vida de antes de ser sorprendidos, en busca de otro lugar cerca de un campo santo sus cuerpos y asegurar la Aunque es posible que aquella pujante vanguardia retornado entre rabia y origen.

Sabemos que no fue ni o la naturaleza enloquecida hecatombe, ni siquiera si hay pueblos mucho más terribles, o que siquiera si La caída de la cotización de aquel mineral que el pueblo fue el inicio de su cuando las familias sin n